

mayor intensidad en los casos de pestes, epidemias o guerras y también ante otros peligros imaginarios.

A pesar de las medidas preventivas y propiciatorias que se adoptan, el hombre trata de evitar la actuación de las fuerzas hostiles de la naturaleza que le puedan sobrevenir por la reiterada obstinación con que operan los espíritus aciagos, que hace necesario acudir al uso de nuevos remedios que anulen las consecuencias funestas que de forma continua amenazan al individuo. Maleficios cuya autoría en la antigua Mesopotamia ya se atribuía al Diablo, quien producía catástrofes, calamidades, daños, enfermedades y males, cada una de los cuales estaba representado por un diablo que se identificaba con el mismo color que el mal producía en el hombre, amarillo en el hígado, verde en la bilis, etc.

En la isla griega de Delos se halló la Tumba de las Vírgenes, cuyos esqueletos fueron desenterrados para depositarlos en la Fosa común de la Purificación, sobre la cual los sacerdotes depositan estatuillas destinadas a arrojar a los malos espíritus. Tumba en que los jóvenes que se iban a casar depositaban mechones y bucles de sus cabellos, y más tarde ofrendados a la estatua de Hera, diosa de la fecundidad, esposa del dios Zeus, a la que donan granadas como símbolo de la fertilidad, y figurillas de terracota con imágenes del sexo femenino o pájaros *phallus* similares al esculpido en el altar del templo del dios Dionysos. (Renald y otros, 1976: 101). Ofrendas y exvotos que aparecen en los templos de Atenea y Poseidón y otras diosas y vírgenes de santuarios y ermitas de todos los pueblos.

Presencia del mal en el mundo en que vivimos que es creencia común de todos los pueblos, religiones y culturas, que perviven en tiempos muy posteriores en los siglos XVII y siguientes, porque para el hombre del Antiguo Régimen las malas cosechas, las plagas, las epidemias y otros desastres naturales podían ser causados por brujos y espíritus malignos (Aponte, 1989), contra los que se luchaba con exorcismos y conjuros.

Fenómeno diabólico que viene ratificado en nuestros días por el máximo jerarca de la Iglesia católica –el Papa Francisco–, que en fechas recientes ha denunciado la presencia del Demonio en los palacios vaticanos, como inspirador de las disputas internas del cardenalato por el poder y el dinero. Un hecho lamentable con el que se espera acaben los dos papas vivos que por primera vez residen al mismo tiempo en la Santa Sede, debido al cansancio de Benedicto XVI, que dejó su puesto de Pontífice Máximo ante la dificultad para terminar con las intrigas y luchas que anidan en las secretas cámaras del Estado del Vaticano, cuyos cardenales viven tan alejados de la realidad del mundo y de la vida de los hombres, en palabras del papa Francisco.